



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Sociedad

Me enamoré

Aracely Hernández Travieso



PRIMER PREMIO 2017

Me enamoré

Aracely Hernández Travieso

Me enamoré

Seudónimo: Aereynde

Me enamoré.

Si, así es. Me enamoré, no pude evitarlo. Tenía algo que me hacía volver a ella una y otra vez. Me gustaba cómo me hacía sentir... Pero, ¡qué digo! Me *encantaba* cómo me hacía sentir, que es diferente. Esa forma tan suya de decir "Me necesitas" sin necesidad de articular palabra alguna, esa forma tan suya de hacer que la necesitara, esa forma tan suya de excitar mi cuerpo hasta el último rincón oculto, esa forma tan suya de estimular mi mente. Eso es, mi mente. Eso fue lo que definitivamente me enamoró. El cuerpo te lo estimula cualquiera, pero la mente... No, la mente no la altera cualquiera, para llegar a ese punto hace falta ser especial.

Rompió mis barreras.

Sí, así es. Rompió barreras que me había puesto a mí mismo. Límites que en mi opinión no era necesario sobrepasar. Una línea invisible que no ves, pero que sabes que está ahí y sabes que cruzarla marcará un antes y un después en tu vida. Y no, yo no quería pasar al otro lado, me tentaba, pero no quería. Por eso construí mis barreras. Pero un día todo cambió, cómo no... siempre hay un "pero" de por medio. Aún recuerdo cuando me la presentaron. Yo no podía dar crédito a lo que me estaba contando, lo bien que me habló de ella, lo atractiva que la hizo para mí, cómo me convenció él antes que ella de que la necesitaba en mi vida, cómo me hizo romper mis barreras, cómo me llevó a límites insospechados que desconocía que podía atravesar. Cómo me engañó.

Anfetamina se llamaba.

Si, así es. Tenía un nombre bastante común, un nombre que no pasaba desapercibido, un nombre que todos conocían. Y fue su nombre lo primero que me atrajo de ella. Me encantaba lo que hacía mi boca al pronunciarlo. La manera de abrir la boca para pronunciar la primera vocal. La manera en la que el aire pasaba entre mis dientes y mi labio inferior para crear esa "f". La manera en la que mi lengua chocaba con mis dientes superiores para crear esa sensación de chasquido necesaria para dar forma al sonido "ta". La manera en la que mis labios tenían que unirse para comenzar a vibrar mientras de ellos se escaba una "m". La manera en la que mi lengua se pegaba a mi paladar y, seguidamente, se separaba

paulatinamente para decir esas dos últimas letras de su nombre. Todo ese recorrido que creaba en mi boca, todas esas vibraciones que se formaban en mi interior, todo eso me atrajo hacia ella.

Me volvió loco.

Sí, así es. Hizo que me volviese loco de una manera que nunca antes nadie había conseguido. Bastó pasar con ella una noche para que perdiese la cabeza. Estaba acostumbrado a despertarme solo, a que me abandonaran a lo largo de la noche. Pero lo que ella me hizo... era otra historia. No lo podía consentir. La necesitaba a mi lado, no podía renunciar a algo tan mágico después de haberlo probado y disfrutado. Esa misma mañana fui a buscarla al lugar en el que la encontré por primera vez. Pero fue diferente, me hicieron pagar, cómo no... La primera era gratis. Por eso acepté. Ingenua inocencia la mía. Solo una vez, y por curiosidad, me había dicho el día anterior... Pero cómo me engañé yo a mí mismo, pero cómo supo ella cautivarme en una noche.

Era la puta de todos.

Sí, así es. Todo el mundo pagaba por ella, todo el mundo pagaba por pasar tiempo a su lado, todo el mundo pagaba por esas sensaciones que solo ella sabía provocar. Quizá ese era el motivo por el que todo el mundo la quería. Todo el mundo... no lo podía soportar, no podía evitar sentir celos. ¿Por qué tenía que pasar tiempo con alguien más que no fuese yo? ¿Por qué no podía ser solo mía? Yo era el único que sabía cómo aprovecharla al máximo, cómo aprovechar hasta lo más mínimo de ella, cómo no desperdiciar ni un solo minuto.

Siempre estuvo a mi lado.

Sí, así es. Desde el momento en el que la conocí no se despegó de mí, o yo no me despegué de ella, no sabría cual opción escoger la verdad. Pero el hecho era que ella siempre estaba a mi lado. Y, gracias a que siempre estuvo ahí, mejoré. Ese salto que había sentido del instituto a la universidad se esfumó, ese estrés que me perseguía al principio ya no estaba, esos ataques de ansiedad que me dieron en mi primera convocatoria de exámenes, desaparecieron. No volvieron, nada volvió. Mejoré, lo saqué todo en mi primer año y en el segundo... Hasta mis profesores notaron la mejora y me felicitaron por ello, hasta mis padres empezaron a estar

orgullosos de mí después de aquella desastrosa primera parte del primer año en la que casi abandoné la carrera. Todo iba mejor en mi vida. Todo gracias a ella, a mi querido e inesperado amor. ¿Qué hubiese hecho yo si no la hubiese conocido?

Entonces llegó otro año más.

Sí, así es. Llegó otro año en el que tenía la esperanza de que todo me fuese tan bien como en los anteriores. Y es que, teniéndola a ella a mi lado, ¿qué podría salir mal? Nada. Absolutamente nada. O eso era lo que me repetía a mí mismo una y otra vez. Empecé a cambiar, por partes, poco a poco, pero no sabía el motivo. Me comencé a irritar cada vez con más y más facilidad, hasta un punto que el más leve sonido que no me gustara, como una respiración, era motivo más que suficiente para enfadarme. Empecé a comportarme de forma agitada según se iban acercando más y más la época de exámenes. Mi niña me estaba comenzando a fallar, y yo no me lo podía creer. Si ella me fallaba... ¿a quién iba a tener a mi lado de ahora en adelante?

Aparecieron las alucinaciones.

Sí, así es. Aparecieron realidades irreales en mi percepción, alucinaciones. Veía cosas que en realidad no pasaban, que no ocurrían. O eso me decían los demás. Pero para mí era diferente. Yo sí que lo veía, lo veía todo. Me decían que ahí no había nada. Pero yo lo veía, veía a la serpiente enroscada en mi cama esperando por mí para poder estrangularme mientras dormía. La veía siguiéndome a todas partes, hasta a mis clases. Reptando por mi pierna mientras yo me la intentaba quitar de encima sin que nadie se diese cuenta. No entendía qué pasaba, de dónde había salido. No entendía nada. Hasta que al final lo descubrí, ¿cómo no se me había ocurrido antes? Fui a hablar con quien se aseguraba de que mi niña estuviese siempre conmigo y le pedí que dejara de engañarme, que me diese a mi niña otra vez, que la que me estaba dando no era ella, que yo notaba la diferencia, que a mí no me iba a engañar.

Me prohibió verla.

Sí, así es. Me prohibió ver al amor de mi vida y desapareció, se fue, nunca más volvió a ese lugar. Fui a buscarlo mañana, tarde y noche, pero nunca más volvió. Yo no sabía qué hacer, estaba desesperado, no recordaba la última vez que había pasado más de 48 horas sin ella. La

necesitaba. A ella. O alguien que me hiciera sentir así, como solo ella supo. Entonces me comencé a mover, comencé a buscar, comencé a indagar. Seguro que alguien más tendría a alguien que me pudiese cautivar. Y acabé ahí, en unos suburbios en los que te podrías colocar con tan solo una calada del aire que se extendía por las calles. Toqué a la puerta de la dirección que me dio un desconocido en un bar y pedí lo que me había recomendado el chaval. El hombre volvió con lo que le pedí y se rio. No lo entendí. Yo le di el dinero y él a mi, posiblemente, futuro amor.

Metilfenidato era su nombre.

Sí, así es. Tenía un nombre raro, menos común, solo conocido por unos pocos. Y la verdad es que no me gustaba la sensación que creaba en mi boca al decirlo, no me atraía para nada, pero era la única opción que me quedaba. No había conseguido encontrar a mi niña de nuevo. La primera noche que pasé a su lado fue interesante. Me centré en averiguar lo que me hacía sentir en comparación con la dueña de mi corazón. Y, sorprendentemente, me gustó. No sé si era por el mono que tenía encima o por su forma de tratar mi cuerpo, pero me relajó. Consiguió que todo lo que tenía acumulado en los hombros desapareciera, que me pudiese volver a concentrar a la hora de estudiar, que fuese más agradable con mis seres queridos. Se podría decir que me levantó cuando ella me dejó caer.

Le fui infiel.

Sí, así es. En otras palabras no tan bonitas se podría decir que le fui infiel. Lo fui una y otra vez, y no me arrepentí de ello ni una sola vez. Esa manera de estimularme cada vez que se lo pedía, esa adrenalina que recorría mi cuerpo cada vez que ella estaba conmigo. Me hacía sentir imparable, capaz de todo. Se estaba convirtiendo en mi nuevo amor, en mi nuevo día a día. Estaba consiguiendo que me olvidara de ella, estaba dejando de ser la otra, la provisional, para convertirse en la principal, la única en mi vida. Hasta que todo se fastidió.

Me rompió el corazón.

Sí, así es. Me rompió el corazón en mil pedazos después de todo lo que pasamos juntos. Todo empezó una noche en la que estaba repasando un poco antes de irme a dormir. Los latidos de mi corazón comenzaron a ir a una velocidad excesiva, de tal manera que hizo que me

preocupara. Empecé a sentir que me mareaba, que me faltaba el aire, no sentía ninguna clase de oxígeno llegar hasta mis pulmones. No me sentía nada bien así que fui a buscar a mi compañero de piso para despertarlo, pero justo cuando me acercaba a su cama... sentí cómo algo se rompía en mi interior, cómo mi pecho se hacía añicos.

Tenía que decirle adiós.

Sí, así es. Tenía que decirle adiós según los médicos que me atendieron nada más despertarme. Había sufrido un infarto, y si no hubiese sido porque caí encima de mi compañero y lo desperté... posiblemente hubiese estado muerto a esas alturas. Por lo visto me lo había provocado ella. Pero, ¿por qué? No lo entendía, había pasado conmigo bastante tiempo y nunca me había hecho daño. ¿Por qué fue diferente aquella vez? Insistía en que no lo entendía, pero me explicaron con mucha calma los motivos y tuve que aceptarlos, mentalizarlos, aceptar que de ahora en adelante me iba a tener que valer por **mí** mismo.

Pasé página.

Sí, así es. Conseguí pasar página, alejarme de un lugar al que me había acercado demasiado, volver al otro lado de esa línea invisible que había sobrepasado tiempo atrás, volví a construirme otras barreras más resistentes, barreras que nadie podría derribar esta vez. Y así llegué, por mi propia cuenta, al último tramo de la carrera, al último cuatrimestre con los últimos créditos que afrontar. Me costó, no lo niego, pero yo solo y con la ayuda de mis amigos lo conseguí. Me sentía orgulloso de mí mismo. No obstante, en un día de fiesta cualquiera con mis amigos, lo vi. Vi a aquel individuo que en su momento me prohibió ver al amor que tuve. Y se acercó a mí, después de tanto tiempo... se acercó a mí. Me pidió disculpas por alejarme de ella, me comentó que lo hizo por mi bien, porque necesitaba alejarme de ella una temporada. Me dijo que cuando quisiera podía volver a encontrarle donde siempre. Me aseguró que me seguiría encantando tanto como la primera vez.

La recibí con los brazos abiertos.

Sí, así es. La volví a recibir con los brazos abiertos, la volví a aceptar en mi vida como si nada hubiese pasado. Recordaba con total exactitud cómo era pasar tiempo con ella, la explosión que estallaba en mi cuerpo al tomarla y cómo llegaba a estimular partes de mi mente que ni

sabía que existían. Era inolvidable. Con ella las palabras “el primera amor nunca se olvida” cobraban sentido. Y todo volvió a como era al principio. Todo volvió a ser tal y como era antes de que pasara página. Antes de volver a construir otras barreras. Antes de volver al otro lado. Todo el avance se rompió, para qué mentir utilizando palabras bonitas, pero yo volvía a ser feliz, a no estar tan agobiado, angustiado, estresado. Todo se veía mejor desde este lado.

Necesitaba una ayuda extra

Sí, así es. Una ayuda extra era lo que iba a necesitar para poder acabar la carrera. Era el último examen. El último de la carrera. ¿Quién no estaría nervioso? ¿Quién no necesitaría una ayuda *extra*? Sí, “extra” era la palabra clave en esta ecuación. Esa noche me tomé una pastilla antes de comenzar a estudiar, pero no sentía su efecto. Estaba desesperado, necesitaba que actuara ya. Y lo hice, hice algo que había escuchado que se podía hacer y que nunca antes había probado. Cogí algunas pastillas y las aplasté una y otra vez hasta que se acabaron convirtiendo en un polvo blanco que dividí en tres rayas. Sin pensármelo mucho inhalé la primera. El subidón fue inmediato.

“Solo una más”

Sí, así es. “Solo una más” fueron las palabras que brotaron de mis labios la última vez que estuve con ella. La última noche que le pedí que pasase conmigo para un examen final que tenía al día siguiente. El subidón fue mucho más rápido la segunda vez que la inhalé, tan rápido que acabé dando un brinco del susto que me dio, de la sensación de tener a mi corazón a mil por hora en un instante. La noche siguió su curso, yo seguí el mío. Pasando páginas del libro, revisando los apuntes tomados, intentando comprender a última hora cosas fundamentales. No me iba a dar tiempo de sabérmelo todo al 100%. No iba a poder, no iba a aprobar, no era suficiente. “Solo una más”, me dije. Y así fue, solo fue una más.

No sirvió para nada.

Sí, así es. No sirvió para nada esa última raya. No sé lo que pasó, no sé cómo pasó, no sé si llegué a sentir algo... solo sé que amanecí muerto. Sobredosis fue el diagnóstico del forense. Muerte por sobredosis de anfetaminas para ser más exactos. Mi cuerpo no lo soportó, a pesar de haber estado tanto tiempo acostumbrado a ella... resultó ser demasiado. Pero la cosa es

que no sirvió para nada, perdí mi tiempo. No, peor aún, perdí mi vida. Todo por culpa de ella, de mi querido amor. Me engañó, ¿cómo pude ser tan iluso? Creía que me estaba ayudando, que me iba a ayudar a acabar la carrera, pero no, era mentira... Solo me estaba matando, estaba ayudándome a morir, estaba acortándome la vida sin yo saberlo.

Le gustaba jugar con las personas.

Sí, así es. Llegué a la conclusión de que le gustaba jugar con las personas, y sus personas favoritas eran los estudiantes estresados, desesperados, perdidos. Le gustaba jugar con ellos, engañarlos, dejar que pensaran que realmente la necesitaban para seguir adelante. Pero no, joder, ¡claro que no! Me saqué un año sin su ayuda, e incluso me fue mejor que en los que estuvo a mi lado. Sin embargo, estaba tan ciego que, cuando pude volver a tenerla conmigo, cuando volví a tener la oportunidad... la dejé entrar otra vez, fui tan débil. La dejé entrar para que me "ayudase a estudiar", para ir por el camino "fácil". Pero, ¡mírame ahora! Soy un puto cadáver, todo gracias a ella. ¿De qué me sirvió que entrase en mi vida? ¿De qué me sirvieron aquellas noches que no pude dormir por el subidón que tenía encima? ¿De qué me sirvieron aquellas enfermedades que me acabó provocando? ¿De qué me sirvió todo eso? De nada, para nada me sirvió. Solo fui otro iluso que se dejó seducir por lo que contaban de ella, pero ahora... de nada sirve arrepentirse, de nada sirve retractarse, de nada sirve darse cuenta de lo equivocado que estaba. Estoy muerto, para mí no hay marcha atrás.

Y es que, con ella, las palabras "morir de amor" cobraron sentido.

FIN